

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de ocho ó más páginas, á **una peseta** semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Mayo de 1886

Año I N.º 5

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; **Barcelona**

LA CUESTIÓN SOCIAL ANTE LA CIENCIA

IV

PASEMOS á la última

PROPOSICIÓN.—*Las religiones son incompatibles con la razón.*

Bajo el punto de vista social y utilitario, hemos de considerar al culto interior con sus pomposas manifestaciones; bajo los puntos de vista científico y filosófico, atacaremos los fundamentos de toda religión.

No nos entretendremos en combatir tal ó cual teogonía, ya que para nuestro objeto no tienen importancia sus innumerables diferencias; sólo nos fijaremos en lo esencial, esto es, en la influencia que ejercen sobre la sociedad y en los cimientos que las sustentan.

Lo primero que salta á nuestra vista es el culto, ó sea el conjunto de actos exteriores relativos á la adoración de la córte celestial. Lo lógico, lo razonable, aun admitiendo que lógico fuera el dogma religioso, sería que cada cual realizara sus actos exteriores sin necesidad de intermediarios; y, sin embargo, los rishis en la India, los magos en Caldea, los profetas en Israel, los oráculos en Delfos, las vestales en Roma, los druidas en las Galias, las legiones sacerdotales en todas partes, se han encargado de servirnos de correo entre la tierra y el cielo. Según la definición del trabajo, explicada en nuestro anterior artículo, se deduce que los tales intermediarios nada producen, y por ende, nada les corresponde de capital; sin embargo, siempre han sido, y siguen siendo, sus principales detentadores. Las castas sacerdotales han sido generalmente las que han dominado, viéndose muchas veces acumulados en sus manos el poder temporal y el espiritual. Bajo el punto de vista sociológico, nos encontramos, pues, con una infinidad de individuos que explotan, consumen, acaparan y nada producen.

Si del terreno de la práctica pasamos al de la teoría, vemos que todas las religiones, sin excepción alguna, descansan en un mismo hecho: la creación de la materia por uno ó varios seres superiores y distintos á ella, según sea la religión monoteísta ó politeísta. La razón, á su vez, divorciada de la fe, por prescindir ésta de la ciencia, no puede admitir más principios que los verdaderamente científicos; y éstos, á medida que su número ha ido aumentando, no han dejado un momento de derrumbar los ídolos que sostenía el pedestal de la ignorancia. En cuanto al concepto de la creación, último baluarte del principio religioso, no puede resistir tampoco á la lógica filosófica, ni á la científica: á la primera,

porque siendo infinito el tiempo, no se comprende que el sér ó los seres creadores hubieran tardado tantos trillones de siglos en crear la materia, si esta creación era útil; y si era inútil y perjudicial, no se comprende que la hayan creado tarde ni temprano. En cuanto á la ciencia, nos dice lisa y llanamente que nada se crea, nada se pierde y que lo único que puede haber y hay en el universo, es una serie no interrumpida de transformaciones. Tanto es así, que la única escuela deísta que no prescinde en absoluto de la filosofía, la escuela espiritista, no puede menos de romper con todas las religiones y declarar á la materia eterna, aunque lo hace con la salvedad de que es coeterna con la causa sobrenatural.

Vemos, pues, que así en el terreno de la sociología como en el de la filosofía y de la ciencia, la razón y el principio religioso nos conducen á resultados diametralmente opuestos.—Luego son incompatibles.

Que es lo que tratábamos de demostrar.—T.

EL INDIVIDUO CONTRA EL ESTADO

SPENCER Y «LA REVUE SOCIALISTE»

Si concreto y preciso hemos visto al autor en los anteriores capítulos que hemos analizado, en nada rebaja estas preciosas cualidades en el que ahora analizaremos. La gran superstición política le titula, y en él se demuestra plenamente que el *poder* es *tiranía* y el *gobierno* es *poder*, y cuantos buscan el remedio al mal social, en un cambio de forma de gobierno sólo alcanzarán cambiar la forma de la tiranía.

—La gran superstición política de lo pasado era el derecho divino de los reyes, la de hoy es el de los parlamentos. Por absurda que parezca aquella creencia es más lógica que la moderna. Si teólogos como Bossuet enseñaban «que los reyes eran dioses y participaban en cierta manera de la independencia divina,» es lógico que se creyese en el poder ilimitado del Estado; no pretendiendo el cuerpo legislativo tener un origen ni una misión divinos, no puede buscar en lo sobrenatural la justificación de sus aspiraciones, y como por otra parte tampoco les ha dado una base natural, la creencia en lo ilimitado de la autoridad parlamentaria es más absurda que la del poder absoluto de los reyes. Los hombres son fieles en los hechos á doctrinas que desecharan nominalmente, retienen la sustancia después de abandonar la forma: al que duda de la legitimidad de una intervención arbitraria de los legisladores se le enseña un acta del Parlamento y enmudece por el respeto, y es que antes se suponía que los legisladores eran delegados del cielo, hoy lo son del sufragio, y en ambos casos subsiste el mismo error, se creen poseedores de un poder ilimitado. No hay medio de seguir al autor en la serie de razonamientos y exposición de hechos en apoyo de las anteriores indicaciones, y acaba por afirmar: «La revolución francesa tuvo por origen una reglamentación tan excesiva de la actividad en provecho del gobierno, que la vida era imposible. El utilitarismo empírico de entonces, lo mismo que el de hoy, difieren del utilitarismo racional en que se refería solamente á los efectos de las intervenciones particulares y no concebía los efectos producidos por la multiplicidad de tales intervenciones en la existencia de los hombres en general. Y si profundizamos la causa de este error, hallamos su raíz en la superstición política, según la cual el

poder directivo debe estar libre de toda limitación. Cuando ese esplendor divino que rodeaba al rey y que ha dejado un reflejo en torno de la corporación heredera de su autoridad haya desaparecido; cuando se comience á ver claro que en una nación donde el pueblo gobierna, el poder es sólo un administrador, se verá también sin duda alguna que este administrador carece de toda autoridad propia. Al mismo tiempo se comprenderá que las leyes no son sagradas en sí mismas, recibiendo exclusivamente el carácter de tales por la sanción moral, la cual á su vez se deriva de las leyes de la vida humana, en tanto se desenvuelve en el medio de las condiciones inherentes á la vida social.—

Llegamos al fin de nuestro trabajo. *El Individuo contra el Estado* párecenos como un llamamiento á la lógica, como un grito de la conciencia. Desenvuélvese la sociedad humana de error en error, y la evolución social, en lo que tiene de dependiente de la inteligencia y de la voluntad de los hombres, ha carecido de base racional y progresiva y, por tanto, ha caminado á ciegas, saliendo de un mal para dar en otro diferente y á veces mayor que su antecedente. Por esto vemos con el autor que los liberales, oponiéndose á la tiranía de los conservadores *degeneran á su vez en conservadores*, en tal grado, que á no ponérseles dificultades insuperables labrarán al fin *la esclavitud del porvenir*. Hemos visto la serie de actos que entrañan la grave responsabilidad, *las culpas de los legisladores*, explicadas plenamente, ya que no justificadas, por *la gran superstición política*; y el autor, no exento de esa falta de lógica que tan bien sabe descubrir en aquellos que hace objeto de su crítica, incurre en la grave equivocación de confundir el *socialismo* con el *comunismo*, con lo cual queda como encerrado en un estrecho círculo sin salida y renuncia al único remedio aplicable á los males que deplora.

Si la inteligencia de los hombres aplicada al régimen de las sociedades ha dado hasta ahora resultados negativos, ha sido porque se desconocían las leyes naturales de la evolución, y ya que la Sociología está hoy en camino de descubrirlas, no tiene excusa el pensador que, por someterse á preocupaciones de escuela ó tal vez de clase, se limita á un orden reducido de ideas y no se coloca decididamente por la observación y por el estudio á la cabeza del movimiento sociológico.

Este es el caso de Spencer: ha examinado los hechos, ha confundido los que pueden considerarse como resultado fatal del proceso evolutivo con los producidos por los errores de los sistemas, y creyendo que en lo porvenir continuará el desorden que ha visto en lo pasado, exclama: «Los socialistas, y con ellos los llamados liberales que les preparan diligentemente el camino, se imaginan que los defectos humanos pueden ser corregidos á fuerza de habilidad por buenas instituciones. Es una ilusión. Cualquiera que sea la estructura social, la naturaleza defectuosa de los ciudadanos ha de manifestarse necesariamente en actos perniciosos. No hay alquimia política bastante poderosa para transformar instintos de plomo en conducta de oro.» Pero el progreso, que ha dado á los individuos conciencia de su dignidad personal, hará también que se halle la fórmula social que garantice la dignidad y el derecho de todos,

digán lo que quieran los que, impulsados por el orgullo, desconfían del progreso humano antes que reconocer los límites de su inteligencia.

Respecto á la *Revue Socialiste* diremos que es cuando menos prematuro declararse acérrimo partidario de un sistema económico social cuando la ciencia no ha dicho aún su última palabra, y pudiera haberse ahorrado la réplica al libro de Spencer si en lugar de sus preocupaciones comunistas hubiera dado preferente atención á las adquisiciones que debemos ya á la Sociología.

Terminaremos este trabajo con una observación importante que deseamos inculcar profundamente á nuestros lectores. Cuando se ven talentos tan privilegiados como el de Spencer remover los fundamentos sociales con espíritu asaz analizador, estudiarlos en su origen, en su modo de ser y en sus efectos, sintetizar luego y detener el vuelo de su pensamiento incapaz de preconcebir los derroteros del progreso y caer en enervante y letal escepticismo, nos afirmamos cada vez más en la misión que tiene el proletariado moderno tan sabiamente expresada por aquellas célebres palabras: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»—L.

SOBRE LO QUE ACRACIA SIGNIFICA

II

YA empezaba yo á sospechar que á mi amigo le había bastado y sobrado la explicación que le dí de lo que yo entiendo por acracia, cuando pocos días há, caminando Rambla arriba, le oigo de improviso decirme:

—Hola, amigo acrático, ¿á donde se va tan aprisa?

Y sin tener tiempo para volverme, le tengo á mi lado.

—Venga Vd. conmigo y lo verá, en el camino me dirá cómo se llama á los partidarios de la democracia, aristocracia, autocracia, etc.

—Muchas gracias por la lección; pero ya sabe Vd. que no ignoro que la analogía me obligaba á decirle amigo *ácrata*, sólo que me suena mejor acrático que ácrata.

—Déjese Vd. de música y dé Vd. á las personas y á las cosas el nombre que les corresponde.

—Haré lo segundo; pero en cuanto á lo primero, precisamente quería preguntar á Vd. si, cuando nos hallemos constituídos en acracia, también habrá Pattis y Masinis.

—Seguramente, y hace Vd. bien en emplear el plural, pues habrá á centenares quienes cantarán aún mejor que esos dos, si cabe; lo que usted me sabrá decir ya que entiende en música.

—A mi entender, cabe mayor perfección; pero no se trata de esto; lo que quería saber, es, si habrá quien cobre 3,000 duros por una función.

—En cuanto á eso, no me parece probable que la sociedad acrática será tan blanda que afloje tantos duros; por lo demás, no habrá lugar ni á pedir ni á ofrecer semejante paga; la sociedad acrática será como una

vasta compañía de ruseñores y el tener la voz de tal ó cual timbre especial ó el pecho más ó menos robusto (de la tísis se hablará tan sólo en la historia de la medicina), no se considerará como mérito suficiente para una gratificación extraordinaria.

—Valiente compañía de ruseñores, por cierto, son los ácratas (usted no negará que ácrata y anarquista es lo mismo) de Lóndres, París y de Charleroi.

—Hombre, nosotros hablábamos de lo que será, no de lo que es, ni de lo que ha sido; y en cuanto á lo de Lóndres, sólo puedo decirle que allí habrá habido muchos socialistas, pero poco socialismo; lo mismo que en España tenemos la mar de católicos, pero de catolicismo... ni el estanque del Parque. Con respecto á los términos, tiene Vd. razón que, en el fondo, lo mismo dice ácrata que anárquico (ya que en español llamamos monárquicos á los partidarios de la monarquía y no monarquistas); pero con la palabra acracia indicamos al mismo tiempo que no solamente aspiramos á la abolición de toda forma de gobierno que descansa en un ejército de empleados *ad hoc*, sino que pretendemos también que desaparezcan las expresiones que implican superioridad de clase, que la sociedad no se diferencie más en alta y baja, aristocracia y pueblo, sociedad culta y vulgo, etc.; en fin, que el mismo rasero se aplique á todos sin excepción, pero elevando el nivel de todos.

—Es decir, que todos seamos pobres, pero honrados.

—Al contrario, todos seremos ricos, pero sin haber cometido las estafas ni los crímenes que hoy se cometen sin escrúpulo para hacerse rico cuanto antes.

—Esa igualdad sólo es posible por medio del comunismo, y éste, á su vez, es realizable tan sólo en una comunidad limitada, como la de los primeros cristianos, que muy pronto degeneró en presbiterocracia; también sé que hoy día existen varias comunidades que observan un comunismo más ó menos riguroso, pero ninguna cuenta muchos miles de individuos, y todos se rigen por unos estatutos ó reglas muy autoritarios, si bien la buena voluntad de todos produce la apariencia de cierta acracia que desaparecería muy pronto si el número de los *hermanos* aumentara en grande.

—¡Alto aquí! Sin duda tiene Vd. razón, si de repente entrara en una sociedad acrática, que supone la buena voluntad de la inmensa mayoría, un número extraordinario de personas de mala voluntad; pero no veo como la expansión lenta puede desvirtuar los principios de una sociedad. Usted me dirá lo de siempre, que una cosa es la teoría y otra cosa es la práctica; pero precisamente en esto nos diferenciamos los socialistas de los políticos, pues opinamos que la práctica ha de ser la realización de la teoría, con la misma exactitud que si se tratara de realizar el plan de un arquitecto ó ingeniero. El ejemplo del arquitecto es en efecto el más adecuado; cuando se trata de construir una casa nueva en terreno ocupado por escombros y ruinas, lo primero es ciertamente despejar el terreno, pero al mismo tiempo pueden ya prepararse los mate-

riales para el edificio nuevo; y como por regla general no son los mismos individuos los que derriban y los que construyen, asimismo el trabajo del derribo lo verifican los partidos políticos, mientras que nosotros estamos preparando los materiales para la sociedad nueva, ó, mejor dicho, procuramos que haya arquitectos y albañiles que se encarguen de la dirección de la obra para que no alteren el plan los pescadores de río revuelto.

—Pues yo creía que los socialistas eran los demoleedores, y pretendían derribarlo todo, creando una verdadera anarquía, un caos, del que, según ellos, habría de surgir como por encanto un nuevo paraíso. Y á fe, ¿qué son sino conatos de derribo los atentados de Lóndres y de las minas de Francia y Bélgica? La pretensión de no trabajar más de ocho horas y cobrar más salario que antes no puede dejar de ser la ruina de muchas empresas que no podrían sostener la competencia.

—Si el tipo de ocho horas se establece en todo el mundo, como sucederá infaliblemente en una época no muy lejana, quedará salvado el inconveniente de la competencia, la que por lo demás no cabe tampoco en la sociedad socialista. En cuanto al pedir un aumento del salario, no me parece tampoco un acto muy revolucionario, y seguramente habrán calculado que el aumento que piden basta escasamente para sacarlos de apuros por el pan de cada día, sin cercenar mucho los beneficios de su explotador. Los que piden esto, pueden ser socialistas, pero puede usted estar tranquilo; aunque de tales socialistas se reúnan 20 millones en vez de 20 mil, no por esto habrá llegado la hora del socialismo; mas el día que se reúnan en Lóndres ó en cualquier otro punto del globo 20,000 socialistas de veras, no será para pedir tal ó cual gracia, sino para constituir definitivamente la sociedad nueva sobre la base del colectivismo universal, de la acracia perfecta.

—Esto no lo verán ni nuestros biznietos.

—Pues yo creo que, dado el paso que llevan las cosas en estos tiempos de la electricidad, lo más probable es que nuestros biznietos nacerán ya en pleno socialismo, y cuando adultos, apenas podrán formarse una idea de la época actual que les parecerá más mitológica que á nosotros las épocas antidiluvianas.

—¿Y no podría Vd. ensayar de darme á mí una idea sumaria anticipada de semejante estado de dicha general?

—Suscríbase Vd. á la ACRACIA, y con cada número nuevo se irán abriendo los ojos.

—¿Y no me deslumbrará tanta luz?

—Más probable es que Vd. cierre los ojos, como hacen los niños ante lo que les asusta.—X.

MISCELÁNEA

En una conferencia dada en la Sociedad de Ciencias, de Nueva-York, sobre las fuerzas productivas modernas, M. Livingston, ingeniero, expuso los siguientes datos:

«En 1828 la longitud de los caminos de hierro era de *tres leguas* y los wagones eran tirados por caballos. En 1830 tuvimos la primera locomotora y en la actualidad, des-

pués de 55 años, existen entre Europa y América 125,000 locomotoras para el transporte de mercancías y pasajeros, que poseen una fuerza de 37 millones de caballos de vapor. Las máquinas fijas de las fábricas representan una fuerza de unos 60 millones. De modo que tenemos hoy en actividad un total aproximado de 100 millones de caballos de fuerza. Ahora bien: cada fuerza-caballo técnico es igual á la fuerza de 3 caballos, y cada caballo equivale á la fuerza de 7 hombres, de donde resulta que poseemos 2,000 millones de fuerzas humanas, mientras el planeta que habitamos sólo tiene 1,200 á 1,500 millones de habitantes.

»Hemos creado, pues, en los últimos 55 años una nueva fuerza superior á la de la población del globo.

»Queda resuelta, por consecuencia, la cuestión de la lucha por la existencia, la de nuestro bienestar material, porque los 2,000 millones de fuerza se hallan en estado de producir y de producir incesantemente para el hombre. Lo que falta únicamente es hallar la fórmula de una organización social que corresponda á esa nueva creación de fuerzas. Es necesario encontrar un medio de producir en el menor espacio de tiempo posible todos los objetos materiales indispensables para el bienestar de la vida humana. El trabajo da todas las riquezas, y si se organiza debidamente, la sociedad podrá producir en abundancia todo cuanto necesite.»

Este grandioso hecho, si bien no proporciona una justificación más á las aspiraciones socialistas, porque la verdad se apoya por sí misma, viene á facilitar su demostración á nuestros adversarios.

Tenemos una potencia productora creada hace unos cincuenta años como resultado de progresos científicos anteriores, y, apenas creada, hállase vinculada en una clase social. ¿En virtud de qué derecho se efectúa este monopolio? ¿Por qué ha de haber tantos millones de trabajadores asalariados privados, no sólo de su parte de propiedad en esa creación, sino también de los beneficios que reporta? ¿Por qué en vez de beneficio general, resulta de esa misma potencia productora, sobra de brazos, crisis por exceso de producción y la miseria para infinidad de trabajadores?

Estos problemas viene estudiando la sociología y agitan el mundo moderno, que presiente la proximidad de la solución científica.

Ante asunto tan importante no pueden permanecer indiferentes los hombres de recto juicio y buenos sentimientos, cuyo concurso solicitamos para facilitar y asegurar el término de la gran obra de la reorganización de la sociedad sobre bases justas y científicas.

En uno de nuestros próximos números nos ocuparemos extensamente de una obra recientemente publicada en París, debida á la pluma de un católico legitimista, y cuyo título es *La Francia judía*. Casi todos los conceptos contenidos en el libro los podía firmar un socialista con tal de hacer extensivas á todos los explotadores las apreciaciones referentes á los explotadores israelitas.

Todo lo que denuncia el libro lo vienen practicando los jesuitas en mayor escala, si cabe, que los israelitas; así es que, dada la procedencia ultramontana del autor, sólo vemos una jugada del jesuitismo, temeroso de la competencia semita.

El segundo número de la *Tribune des Peuples* se publicará inmediatamente. Esta interesante revista, entre cuyos redactores se halla el conocido anarquista Eliseo Reclus, á la par que trata con perfecta competencia todos los asuntos sociales, da idea del movimiento universal del proletariado.

Acaba de ver la luz un folleto titulado *Acracia y República*, refutación al discurso pronunciado por D. Luis Carreras en Sabadell, escrito por un compañero nuestro de redacción, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

Hemos recibido *El problema de la emigración en Galicia*, por Ricardo Mella y Cea, y *A questao sociale, as bodas raes e o Congresso republicano*, por Carrillo Videira. De ambos trabajos nos ocuparemos oportunamente.

GARIBALDI—HISTORIA LIBERAL DEL SIGLO XIX

Pocas obras como ésta están destinadas á popularizarse, á ser un consultor histórico del obrero; ya por su concisión y claridad en la narración de los grandes movimientos sociales de este siglo, á partir de la Independencia de los Estados Unidos, como por la razonada exposición de las ciencias sociales que informan nuestros tiempos, mostrándose con sencillo método la ley evolutiva de la humanidad y llevando al lector, por lógicas deducciones, á la concepción de un mejor estado social, en el que no sea posible la tiranía.

Es este libro una pequeña enciclopedia que ahorra muchos libros, condición importantísima, si se tiene en cuenta que, escrita para el oprimido productor, éste no puede proporcionárselos por su inmenso coste.

Pero lo más notable de la *Historia liberal del siglo XIX*, lo que la hace más recomendable, es el elevado criterio revolucionario que campea en sus páginas, infundiendo ánimo al proletario á no cejar en la emancipadora lucha con el acopio de elementos que le presta, ya por la naturaleza y la ciencia, ya por la historia, el derecho y la justicia.

Garibaldi, el héroe que sintetiza el espíritu revolucionario del siglo XIX, es extensamente biografiado en la obra, levantando un modesto y entusiasta monumento á su memoria, porque no puede narrarse un movimiento social de nuestros tiempos sin que aparezca en él la deslumbradora y hermosa figura del que, constante campeón del pueblo, supo hacerse superior á las preocupaciones del autoritarismo político, y pidió su adhesión á la Internacional.

Y así las extraordinarias aventuras del más temible enemigo del Papado salpican los episodios más notables de las luchas populares por el humano progreso, formando con su simpática persona la continuidad de los sucesos.

Y que éstos están bien tratados, lo prueba que los autores del libro han sabido sustraerse á la fascinación de un buen número de autores consultados que, con mágico arte, corrompen los más bellos ideales populares y desfiguran, con el manto de una mentida imparcialidad, esas epopeyas revolucionarias que han asombrado á los reaccionarios de todos matices y han hecho temblar todas las tiranías.

Para dar una idea de la importancia y extensión del libro, nada como extractar el Índice de materias que contiene.

Divídese la obra en tres partes, con estos títulos: «Esfuerzos del pueblo hacia la libertad» (cuadros históricos); «Las ciencias cooperan á la emancipación» (estudios filosóficos), y «La sociedad según la Naturaleza y la justicia» (cuadros sociales). Constituye la parte primera: la independencia de los Estados Unidos; la revolución francesa; las luchas liberales de España; una ojeada á los países europeos y á la América meridional, y las ideas filosófico-liberales difundidas al comenzar este siglo, cuyos trabajos simbolizan la herencia del siglo XIX. Después se biografía á Garibaldi con una revista de los más culminantes hechos revolucionarios de todos los países desde principios del siglo á nuestros días. Constituye la parte segunda: una descripción de las ciencias físico-naturales, descubrimientos é invenciones, explicando el objeto de la ciencia social y los diversos sistemas socialistas, desde la antigüedad hasta los sociólogos alemanes é iniciadores del colectivismo, cuyos estudios se engloban en este subtítulo: «Positivo despertar humano.» Y constituye la parte tercera, lo que se denomina el «Testamento del siglo XIX,» demostrándose la eficacia de la acción colectiva en los grandes problemas, la influencia de las sociedades secretas, de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de los Congresos científicos, etc., etc., finalizando con una breve exposición de los principios revolucionarios modernos, la Anarquía y el Colectivismo, y bosquejándose la organización comunal y federativa en la sociedad del porvenir.

Véase, pues, por esta somera reseña de lo que el libro trata, si le hemos calificado con razón de que es una verdadera enciclopedia del obrero.

Excusamos elogios á una obra que tan simpática nos es, porque parecerían interesados. Pero no vacilamos en recomendarla á todos nuestros compañeros de infortunio como una de las mejores que pueden honrar nuestras modestas bibliotecas.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona